

JOAQUÍN PÉREZ AZAÚSTRE

El querido hermano

Galaxia Gutenberg



Esta novela fue galardonada con el XVI Premio Málaga de Novela, concedido el 14 de diciembre de 2022 en la sede del Área de Cultura del Ayuntamiento de Málaga. Formaron parte del jurado Pilar Adón, Luis Alberto de Cuenca, Eva Díaz, Antonio Soler, Alfredo Taján, Alberto Olmos, Ana Cabello y la directora general de Cultura del Ayuntamiento, Susana Martín Fernández.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2023

© Joaquín Pérez Azaústre, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Gama, S.L.
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 3841-2023
ISBN: 978-84-19392-75-6

Esta novela recibió la Beca Leonardo a Investigadores
y Creadores Culturales 2018 de la Fundación BBVA.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para mi hijo Joaquín y mi hermano Eduardo.

Con Gonzalo Figueroa y José Luis Rey.

Está en la sala familiar, sombría,
y entre nosotros, el querido hermano
que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano.

ANTONIO MACHADO

Primera parte

I

La sombra del mensajero

Manuel Machado sabe que su hermano Antonio acaba de morir. El sonido de la madera al encajarse se apaga en el portal. Se mira el dorso de las manos, con los dedos extendidos hacia la calle Aparicio Ruiz. Aún es casi de noche. Siente el frío bajo la piel, como si estuviera congelándole las venas; pero sigue inmóvil frente a la puerta cerrada, envuelto en su batín, y ni siquiera piensa en frotarse las manos. No recuerda haberle respondido al emisario de la noticia, pero la pregunta se le incrusta en la garganta, permanece dentro de su cabeza. En ese instante, Manuel Machado es esas palabras. No existe nada, no logra concebir nada más allá de esa información. No duda de su autenticidad, aunque debe verificarla, y durante un segundo cree ver a su hermano arrastrando su corpachón envejecido por una carretera nocturna y acechada, en una procesión de almas en pena convertidas en barro bajo la lluvia. No, no duda de que su hermano Antonio ha muerto. Quizá por eso no ha podido dormir en toda noche y ha bajado desde la segunda planta de la pensión Filomena para estirar las piernas, antes de que todos despertaran. Entonces ha sonado el timbre. Ahora, su pecho es un tambor que redobla hacia dentro. Según le contará años después a su

biógrafo, ha sido un cartero quien le ha dado la noticia. Tras entregarle la correspondencia, que ha recibido casi sonámbulo, el hombre se le ha quedado mirando, a la espera de algo indefinido que de pronto estaba entre los dos: le ha preguntado si es pariente de un tal Antonio Machado, sobre cuyo fallecimiento en Francia ha leído algo en un periódico. Es en ese momento cuando la vida se ha parado para Manuel. Permanece frente a la puerta. Comienzan a llegarle tenuemente los sonidos de arriba: si no le cuenta nada a ningún huésped, y sobre todo a Eulalia, durante unos minutos, podrá fingir también ante sí mismo que no ha recibido la noticia. Mientras se guarde dentro su silencio, para la percepción de los demás, su hermano Antonio seguirá vivo. Ese artificio de normalidad, al detener el tiempo, le hace guardar las manos en los bolsillos y encarar los dos tramos de escaleras hasta la habitación que comparte con su esposa.

Es sábado, 25 de febrero de 1939. Manuel aún no lo ha visto, pero el *ABC de Sevilla*, en la página 18, ha publicado una nota que parece definitiva: *Don Antonio Machado*. «París, 24. Se sabe que ha muerto en Colliure don Antonio Machado, que salió de Barcelona momentos antes de ser libertada. –REPORT». El cartero habrá repartido uno de esos periódicos antes de haber pasado por el número 8 de la calle Aparicio Ruiz, donde está la pensión en la que viven Manuel y su mujer. Al día siguiente, el domingo 26, el propio *Diario de Burgos* relatará en su noticia *Testimonios de pésame por la muerte del poeta Antonio Machado* lo siguiente: «El insigne poeta don Manuel Machado, residente en esta ciudad desde que se inició el Glorioso Movimiento Salvador, está recibiendo infinidad de demostraciones de afecto y

de pésames con motivo del reciente fallecimiento de su hermano, D. Antonio, ocurrido el jueves último en París». Pero el día siguiente resulta un horizonte todavía imposible para Manuel Machado cuando apoya la mano en la baranda, muy pulida, por la que parecen haber pasado miles de manos para ir arrebatando a la madera la oscuridad nutriente de su espíritu. Saca la pitillera y se lleva a los labios el primer cigarrillo de la mañana, que también será el último de la noche. En el otro bolsillo guarda el mechero del mismo juego, con un dibujo de adelfas retorcidas y sus iniciales, *M. M.*, grabadas sobre la plata. Se lo regaló en París Rubén Darío. Por un momento detesta su procedencia, niega el recuerdo que le asalta y también otros más felices; pero lo acerca al cigarro y deja que prenda. Sus pulmones arden hasta el estómago. Descarta subir. No quiere encontrarse con Eulalia, aunque seguramente seguirá dormida. Se sienta en un escalón. Pronto bajarán los demás huéspedes. Mira por una grieta de la puerta mientras el humo asciende. Siente un suave crujido en sus cervicales que no le resulta doloroso, como si una almohadilla de arena se removiera dentro de su cuello, y vuelve a repetirse que su hermano ha muerto.

Pero no ha muerto su hermano. Ni siquiera su mejor amigo. Ha muerto su compañero en la literatura y en la vida. En la poesía y la vida. Esto es lo primero que tenemos que entender para alcanzar a sentir el pulso de la escena. No es sólo un amigo, ni un hermano, ni un correligionario mantenido desde su modernismo juvenil. Tampoco es el hombre con el que ha firmado varias obras de teatro durante la dictadura de Primo de Rivera y al comienzo de la República; aunque los más osados

creyeran poder diferenciar la parte de Antonio de la de Manuel, dentro de cada obra, casi nunca acertaban. Porque se conocen casi exhaustivamente, se respiran el uno en los versos del otro. Por eso dieciocho años antes, en 1921, cuando el modernismo había muerto, Manuel publicó *Ars moriendi* y decidió retirarse, le escribió a Antonio: «Dejaré de escribir. Tu poesía no tiene edad. La mía sí la tiene». Antonio respondió: «La poesía nunca tiene edad cuando es verdaderamente poesía, y la tuya lo es». Esta conversación la sostendrán los dos hermanos en otras ocasiones: cada vez que el mayor decida que ha llegado el momento de cortarse la coleta, como él dice, el menor se la recordará. Antonio siempre ha creído que lo mejor de Manuel está fuera de su perfil coplero popular; y que lo menos gastado de sí mismo es también lo más hondo. ¿Por qué lo recuerda ahora?

A la casa de Antonio, en Chamberí, en el primero derecha de la calle General Arrando, número 4, acudía Manuel cada domingo, en sus últimos años juntos en Madrid, antes del comienzo de la guerra, para sentarse con él en la mesa camilla que aún podía ser ocupada en su pequeño despacho-dormitorio —el viejo escritorio espléndido del padre, que conservaba Antonio, pegado a la pared, permanecía cubierto por esas torres babélicas de libros que llegaban al techo—, observados por José, pintor y el más joven de ellos, casi un lazarillo para Antonio que, si ha podido, seguramente lo habrá acompañado hasta el final. Los dos hermanos poetas se reunían para charlar entre risas, recitarse poemas recién acabados y repasar algunas frases de las obras que aún les quedaban por estrenar dos años antes, a comienzos del verano de 1936.

Todo esto lo evoca Manuel Machado entre otros muchos recuerdos que le llegan como estallidos mudos, concentrados en la ceniza mientras fuma en la escalera que conduce a la pequeña pensión Filomena, con apenas seis habitaciones en la segunda planta. Este hombre tiene ya 65 años cuando recibe en Burgos la noticia de la muerte de su hermano Antonio y comprende que, con él, pierde también media identidad, esa otra voz que ahora quedará sin respuesta. Del pasado apenas le queda un ademán, cuando se descubre en el espejo de la escalera, como si se evadiera de sí mismo.

En cada pierna arrastra la pesadez de una vida que desde hace mucho tiempo ya no le resulta frívola ni ligera. No hay gracia en esa forma de inclinarse sobre los peldaños. No tendría que haber bajado sólo con la bata; pero necesitaba salir de la habitación y dejar dormir a Eulalia, porque se ha movido toda la noche, la ha despertado varias veces y al menos el pasillo o la escalera podrían ofrecerle ese silencio, antes de que sonara el timbre de la puerta y el tiempo lo agarrara para siempre del cuello. Eso es lo que siente: la sombra del mensajero, sus palabras fugaces, golpeándole la boca cuando escucha el primer buenos días de la mañana, al abrirse la puerta de la habitación del torero Marcial Lalanda. Marcial se extraña ante la aparición de Manuel, desde la calle, con su batín, pero le sorprenden mucho más sus facciones desencajadas y pálidas y el balbuceo con el que le responde. En la pensión Filomena, que sarcásticamente Manuel Machado llamó la «Filo Palace» una tarde de tertulia, festejada con una botella de coñac que había conseguido el otro huésped torero, Manuel Fuentes Bejarano, junto a los hermanos periodistas José Ma-

nuel y Luis de Armiñán, y Víctor Ruiz Albéniz, era conocida la voz alegre y sonora de Manuel Machado. Pero Marcial Lalanda no le insiste y deja que el poeta regrese a su habitación, mientras lo contempla al detenerse, delante de la puerta, como si le pesara el gesto de empujarla.